

EDGARDO COZARINSKY

PRÓFUGOS

BARCELONA 2025



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2025 by Edgardo Cozarinsky
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *Finisterre* (1926), de Rhona Haszard

ISBN: 978-84-19958-61-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 14 108-2025

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Hay noches en que el mar se vuelve fosforescente.

Esa luminosidad, ardiendo días u horas, fue durante siglos leyenda de los marinos que surcaban el océano Índico. Dejó huella en crónicas y diarios de viaje, lecturas deslumbradas del joven Julio Verne, mucho antes de que imaginara el *Nautilus* y sus veinte mil leguas de viaje submarino.

«La escena tenía una grandeza terrible. El mar convertido en luz. El cielo nocturno, apagadas las estrellas, en oscuridad impenetrable. La naturaleza parecía anunciar que se preparaba para la gran conflagración final, la aniquilación del mundo material».

Y es cierto. Visión o presagio, en el océano Índico, pero también entre los acantilados y promontorios de la Costa de la Muerte de Galicia, y aun al sur de Portugal, y de este lado del Atlántico en las costas de Puerto Rico, algunas noches el mar parece encenderse.

No son llamas, es más bien una luminosidad azulada, un palpitar llegado de la profundidad que recorre inquieto la superficie, acompañando la respiración del oleaje. Es necesario que ninguna claridad rompa el negro del cielo: «En las noches de luna llena el mar no arde», decían los pescadores. Siglos antes de que hubiese sondas, ya confiaban en esa luz para detectar los bancos de peces; les permitía también ver los cuerpos de naufragos que ninguna marea subió a la superficie, enredados en algas, presos del ramaje de una vegetación desconocida.

Los intrépidos, los ociosos, los soñadores que parten sin brújula ni calendario en busca del mar fosforescente aceptan que pueden dejarse la vida sin haberlo encontrado. En algún momento de su adolescencia leyeron que el *Nautilus* navegó como en un sueño sobre aguas que el capitán Nemo creyó habitadas por innumerables criaturas marinas luminosas. Poco les importa que investigadores de un siglo posterior hayan identificado la fuente de esa luz en una bacteria que anida en las algas del plancton. La ciencia nunca ha podido desbancar a la leyenda.

El hombre que desde el puerto de San Antonio Oeste contempla las aguas negras, bordes de

espuma apenas visibles bajo una luna mezquina, no puede distinguir en la distancia horizonte alguno. En su adolescencia leyó del mar ardiente, pero sin duda ya ha entendido que nunca lo verá y que tampoco respirará en el viento cálido de esas lejanías. Esta noche emprenderá una travesía por tierra, dará la espalda a ese océano del que se despide como de un camino no tomado cuando llega la hora de admitir que es demasiado tarde para poder, algún día, abordarlo. Poco antes de medianoche subirá a un ómnibus que recorre la llamada «línea sur» en Río Negro. Tiene mucho frío.

Una hora antes, en un restaurante en el extremo de las vías de ferrocarril abandonadas que alguna vez condujeron al puerto, comió unos pulpos diminutos. El dueño, servicial, feliz de tener un forastero con quien conversar, explicó que se trataba de una variedad de pulpo muy apreciada propia de la zona, que ni crece ni migra hacia otras latitudes. Enumeró ufano los países adonde los exportaban y no dejó de añadir, en un alarde de superioridad provinciana, que en la capital no eran fáciles de encontrar. El ruido sordo del oleaje llegaba hasta la mesa.

Al salir buscó en la oscuridad el camino hacia

la terminal de ómnibus. La descarga regular del oleaje invisible lo siguió, golpes que se iban perdiendo en el viento helado, como el olor a herrumbre de barcos encallados, residuos de un pasado sin fecha. Siete horas más tarde, llegaría a Ingeniero Jacobacci ya de día, si es que clareaba temprano, pensó.

No durmió durante el viaje, tal vez sólo sucumbió a un sopor que emborronaba las horas pasadas. Se sobresaltó cuando el ómnibus se detuvo en Los Menucos, donde varias personas se apearon y sólo dos subieron, y por la ventanilla vio rostros que no eran de pasajeros: escrutaban con ojos ávidos pero vacíos el interior del vehículo; tal vez buscaran solamente quebrar la monotonía cotidiana con un atisbo fugaz de gente de paso, gente que venía de otro lado, gente que seguiría hacia otro lado. Cuando el ómnibus retomó su camino, vio que la población se deshacía en unas pocas casas sin luz; en las afueras, lo sorprendieron unas parpadeantes letras de neón azul que anunciaban un pub-videoclub.

El traqueteo del ómnibus le impedía dormir. Cada cierto tiempo abría los ojos. Una débil luna

le descubría el paisaje árido, sembrado de matas secas, crespas, aisladas. En algún momento distinguió a lo lejos una luz que cruzaba el horizonte, desaparecía, reaparecía más cercana, fuego veloz, apariciones fugaces. Una luz mala, pensó, almas en pena de muertos que no encuentran reposo y vuelven a inquietar los lugares donde traicionaron a quien los amó o abandonaron a sus hijos. Sabía, sin embargo, que no era esa fosforescencia marina que nunca vería, que en esta tierra árida emana de osamentas enterradas a poca profundidad, limpiadas por caranchos atentos al final de una batalla.

Desconfiaba de que se tratase sólo de ganado, había visto cementerios de tierra iluminarse en medio de la noche. De adolescente, más de una vez había esperado que sus padres durmieran para escapar de la casa familiar hacia la avenida vecina a un descampado aún no protegido por un paredón de ladrillos, sección nueva del cementerio de la Chacarita, fosas comunes, para contemplar sobre la tierra removida los fogonazos intermitentes de una luz más blanca que la de cualquier lámpara, luminosidad de huesos ya despojados de todo resto de músculos, de nervios. Años más tarde, ya adulto, entendería que

los difuntos no abandonan, esperan pacientes a los que aún están vivos y demoran en llegar a hacerles compañía. Esa luz anuncia su vigilia, señal que indica el camino que seguir.

Ya antes de atreverse a esas incursiones en territorio vedado, esperaba todas las noches el momento de saber dormidos a sus padres para subir a la azotea del edificio y quedarse allí una hora o dos, hasta que el sueño empezara a pesarle en los párpados. ¿Qué edad tenía? No más de diez años, piensa. Tiempos en que la adolescencia temprana vivía de disimulos, fingía observar obediencia, guardaba silencio ante consejos y reproches de unos padres ciegos a la indiferencia, a la sorna encubierta de los hijos. El adulto desvelado sabe que todo chico hoy se ha apropiado de la calle, que la autoridad de los mayores ha caducado.

En los años del siglo pasado que fueron los de su infancia, esa módica escapada de la vigilancia familiar era una promesa de aventura. Buscaba un punto de vista más amplio, ajeno al que podían depararle las persianas entornadas del departamento, visiones recortadas de una calle de noche. Desde las alturas se abría ante su curiosidad la ciudad entera, o lo que le parecía

tal. Vehículos de paso, algún transeúnte esquivo, alguna violencia prometida por las matinés de los cines del barrio, promesas de ficción que él no sabía mentira.

No tiene hijos y ha perdido hace mucho una infancia en la que no supo rebelarse. Lo sabe el adulto que busca dormir, teme soñar.

La noche anterior, en Buenos Aires, le habían robado el teléfono celular. Como una ráfaga de viento, un chico pasó a su lado y, con un movimiento súbito, preciso, tomó el celular, salió del bar sin detenerse y, al cruzar la calle, lo atropelló uno de los camiones que a medianoche recogen residuos urbanos.

No reaccionó inmediatamente. La sorpresa lo dejó atónito un instante; luego, de un salto, abandonó la mesa del bar, corrió tras el chico. Alcanzó a ver un camión que se alejaba sin detenerse y, en medio de la calzada, el cuerpo inerte. Se acercó. Un brazo yacía a corta distancia del hombro, una rueda del camión lo había aplastado, la sangre fluía serena, el chico ya estaba muerto. Al lado de la mano abierta estaba el celular. Se inclinó para recogerlo. La pantalla estaba iluminada,

el golpe debía haberla activado. Probó a abrir la lista de contactos. Apareció inmediatamente. Aliviado, se alejó con el celular en la mano, sin una segunda mirada hacia el despojo que yacía en la calzada.

Y ahora, con la cabeza apoyada en un respaldo duro, ojos cerrados que no lograban atraer el sueño ni exorcizar sus amenazas, el episodio de la noche anterior parecía ajeno. No podía asegurar que hubiese sido él quien lo había vivido, eran más bien imágenes de alguna película entrevistada en la televisión una madrugada de insomnio. A menudo le ocurría separarse de una situación vivida, ponerla a una distancia no buscada, llegar a verse con la mirada de algún testigo anónimo. El hombre que en el bar había estado colocando las sillas patas arriba sobre las mesas, por ejemplo.

Ese hombre exageraba el ruido para advertirle al cliente demorado que era hora de partir, última ave nocturna que no parecía entender el anuncio ni percibir el mensaje de luces que se apagaban gradualmente. Hacía dos horas que se lo veía concentrado en el fondo vacío de un vaso de whisky, consultar cada tanto la pantalla de su teléfono celular, marcar un número y, al

parecer, no obtener respuesta. ¿Quién esperaba que lo atendiera?

No era uno de los noctámbulos habituales del bar. Había apreciado de inmediato que ese desconocido no hubiese empleado la palabra *mozo* para llamarlo; a él, con más de sesenta años y cuarenta de servicio, le parecía inadecuada, peor aún: irónica. Para llamar su atención, este hombre de expresión hosca lo había mirado y, con voz fuerte pero no autoritaria, le había dicho: «amigo», y luego: «por favor»...

A lo largo de los años, había conocido a muchos solitarios, pero la mayoría eran locuaces, siempre dispuestos a compartir con cualquiera el relato de su desdicha, el consuelo filosófico, una intimidad que sin duda callaban ante los inadecuadamente llamados íntimos. Todos, además, eran personas mayores (pensó el eufemismo sin sonreír). ¿Qué edad tendría este hombre? Cuarenta, a lo sumo cuarenta y cinco años... Había pedido un buen whisky, se lo había bebido lentamente y se había quedado como esperando algo que no llegaba, quizá simplemente postergando el momento de volver a su casa. El paso del chico lo había arrancado a su ensimismamiento.

El hombre que había esperado paciente su

partida lo vio salir corriendo detrás del adolescente y lo perdió de vista. No le despertó curiosidad saber cómo continuaba la anécdota.

Esa misma noche el hombre que se alejaba teléfono celular en mano había visto levantarse viento en la calle, uno de esos breves vendavales de madrugada que en verano alivian el bochorno de un día caluroso y en invierno cortan, filosos, la cara del transeúnte demorado. En el aire flotaban papeles, diarios del día anterior, secuestros, sobornos, promesas electorales, niños violados por los padres, mujeres quemadas vivas por sus amantes, desechos caídos del camión recolector o escapados a los tachos de basura. Buenos Aires dormía indiferente.

Atrapó al vuelo una hoja impresa y limpió la salpicadura de sangre que empezaba a secarse sobre la pantalla del teléfono. En invierno no empezaría a clarear hasta dentro de unas horas. El día lo esperaba con nuevos peligros. Se detuvo un instante y respiró hondo, con fruición. Le llegó un olor acre y dulzón, a podredumbre de frutas y verduras, pensó, antes de reconocer su origen: un hombre acurrucado ante una puerta,

dormido, la ropa adherida al cuerpo por el sudor y la orina. Una víctima predestinada, pensó. Días atrás un hombre que dormía en la calle había sido rociado con nafta y quemado por un grupo de muchachos que salían de una fiesta.

En ese momento se dio cuenta de que no sabía adónde ir. Siguió un impulso postergado, se dijo que ya era hora de obedecerlo, y se dirigió a la terminal de Retiro para tomar un ómnibus que lo llevase a Viedma, y de allí otro a San Antonio Oeste, si es que no había uno directo que le ahorrara el trasbordo. Llegaría la tarde del día que empezaba, cansado, sin equipaje, con el dinero cosido al forro de la chaqueta demasiado liviana para la estación, pero no podía volver a su casa a buscar otra.

Con los ojos cerrados, la cabeza apoyada contra la ventanilla, piensa en cómo lo imaginaba la mujer que, aunque no dormía, no quiso atender sus llamados. Estaba seguro de que sabía quién llamaba, el hombre que todavía podía oler en la almohada sobre la que ella daba vueltas, insomne, la cabeza. No le habían molestado sus visitas erráticas, intempestivas, limitadas a un acopla-

miento rápido, a unos gestos sucintos de ternura; era el silencio lo que la hundía en una insatisfacción persistente.

No siempre había sido así. Al principio ella aceptó que no debía hacer preguntas, algo le decía que ninguna esposa descuidada inquietaba el presente de ese hombre; eso lo intuía, y si de algo se jactaba era de su instinto: hombres sucesivos, mentiras y promesas, lo habían afinado. Pero algunas noches el sueño lo venció a su lado, y ella le oyó murmurar frases cuyo sentido se le escapaba, unidas por el miedo, por la necesidad de eludir un acecho; si al despertar se atrevía a preguntar, él reaccionaba con malhumor y varios días de ausencia. Una mañana, no recordaba cuándo, él decidió, si es que se trataba de una decisión, pues acaso sólo fuera un recurso del miedo, no volverla a ver.

En el amanecer de ese día, en el entresueño compartido, esa mujer le había confiado un relato de su infancia. Mientras la escuchaba sintió crecer en él una aprensión difusa, desconocida, que acabó por convertirse en miedo. Sintió que tenía a su lado una criatura con poderes. Él no había compartido con nadie sus escapadas infantiles, ni las vigiliat atisbando una luz fantas-

mal frente al descampado aún abierto detrás del cementerio, ni las noches agazapado en la azotea escudriñando la calle, esperando alguna revelación de lo prohibido, y finalmente derrotado para volver cauto a la prisión familiar. Esa mujer le estaba diciendo que en su infancia había sido testigo de esa espera.

Al lado del edificio bajo donde vivía se había levantado una de las primeras torres de la ciudad, de unos treinta pisos, años antes de que obstruyeran el horizonte urbano. El chico nunca había prestado atención a las ventanas iluminadas que desde lo alto perforaban la oscuridad. Ahora esta mujer le estaba contando, susurro casi ahogado por la almohada, que en una de esas muchas ventanas sin luz, una niña de la misma edad del chico montaba guardia, también ella había vigilado a sus padres hasta saberlos dormidos antes de ir descalza hasta la ventana y esperar la aparición, mucho más abajo, de un chico inmóvil, en cuclillas, absorto en el espectáculo de un escenario sin sorpresa. Ella, a la espera de poder descubrir el rostro del intruso de la noche. Tal vez la luna, asomándose detrás de nubes fugaces, lo iluminase en el brevísimo momento de incorporarse para bajar a su

celda familiar. Entonces ella volvería a la suya. Pero ese momento nunca llegó.

Tuvo miedo. ¿Ella había penetrado en ese pasado que él buscaba desterrar? Se preguntó si realmente había oído esas palabras o si eran parte de un sueño que no acababa de desvanecerse. En todo caso, a partir de esa noche supo que debía alejarse de esa mujer. Y ahora, muchas noches más tarde, buscaba comunicarse con ella, preguntarle si era cierto lo que había oído, comprobar si tan temprano en su vida ya había sido observado, si alguien había guardado un rastro de su conducta.

Una frenada súbita, un cambio de velocidad lo despertaron, si es que estaba dormido. Como tantas otras veces, sólo necesitaba cerrar los ojos para que la culpa o el rencor empezasen a proyectar en el interior de los párpados su propia imagen tal como otros lo veían, como él suponía, temía o deseaba que lo vieran. ¿De dónde venía esa oscura compulsión?

En la estación ni bajaron ni subieron pasajeros, un empleado entregó al conductor un sobre y recibió otro, el ómnibus no demoró su partida,

muy pronto dejó atrás la poca luz que le había permitido leer en un cartel las letras despintadas que componían el nombre de Maquinchao. Ninguna ventana iluminada interrumpió la oscuridad, la noche se había cerrado.

Había empezado a nevar, la tierra devolvía la luz de la luna, un resplandor metálico, espectral. Ahora el ruido del motor se imponía con nitidez, cada vez más presente, en medio de un silencioso desierto blanco que por contraste parecía denunciar que un vehículo intruso se atrevía a desafiarlo. Tuvo una visión. A su paso despertaban rebaños fantasmales, callados. Habían invernado en esos parajes cuando los cruzaban tribus nómades y sólo una toltería temporaria se animaba a asentarse en tierra inhóspita. Esa llanura aún no tenía nombre, no le habían plantado mástil y bandera, no la rasgaban alambrados.

En Ingeniero Jacobacci lo recibió un viento helado. La estación, menos precaria que las anteriores, reunía un entrecruzamiento de vías que declaraban su condición pretérita, eje central de líneas ferroviarias, unas pocas todavía en servicio; reconoció, entre otras, las de trocha angosta que habían unido el pueblo con Esquel. Un empleado apenas despierto, el único de servicio, le

señaló a unos cien metros una ventana poco iluminada sobre la cual estaba pintado «despacho de bebidas»; allí, dijo, podría desayunar. Con la cabeza baja para eludir las ráfagas se dirigió hacia esa promesa de abrigo. Al entrar lo asaltó el olor de la leche recalentada, imaginó capas de nata amarillenta, se resignó a pedir un café, a esperar que el horno entregase las primeras medallitas del día.